

RESEÑA

LA DEA EN LA ARGENTINA UNA HISTORIA CRIMINAL

TOMÁS BOVER

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES



El libro de Julián Maradeo *La DEA en la Argentina: una historia criminal* devela, mediante el juego de palabras con el que se titula, su contenido. Se trata, en primer lugar, de un libro histórico, que se organiza cronológicamente cubriendo el período 1973 – 2022, y se preocupa por analizar el contexto de creación de la agencia antidrogas estadounidense y su desembarco—primero—en América Latina y—luego—en Argentina.

Maradeo nos señala que no existe una historia “universal” para ninguna agencia internacional que pueda prescindir de los contextos donde estas agencias se instalan, sino que es necesario escribir sus capítulos locales. Lo que el autor explicita es que estudiar cómo la DEA llega a nuestro país no se trata, únicamente, de describir cómo una agencia norteamericana influye en la incipiente política criminal asociada al mercado de drogas ilegalizadas, sino que esa influencia tiene dos caras. Por un lado, describe la orientación que ejercen los miembros de la DEA sobre funcionarios políticos, judiciales y policiales (por ejemplo, alentando la una inaudita cooperación entre fuerzas mediante equipos interfuerzas) o patrocinando la carrera de distintos funcionarios muy tempranamente para que, una vez alcanzadas posiciones de decisión institucional, se dispongan a modelar el armado institucional de “lucha contra las drogas” en esas distintas esferas según sus criterios. Además, indica cuáles son las propuestas legislativas que ordenarían ese ensamblaje institucional y, finalmente, cómo el poder judicial, el ejecutivo y las fuerzas de seguridad deben implementar la persecución de los delitos asociados a la narcocriminalidad, por ejemplo, sosteniendo la indiferenciación entre narcotraficantes y consumidores en tanto criminales.

Sin embargo, a ese lado A del vínculo de la agencia norteamericana le sigue, según el autor, toda otra agenda institucional. El relato abunda

en detalles sobre cómo un puñado de agentes propios, recluta y financia la actividad de informantes, dobles agentes, socios y otros/as mediante mecanismos de seducción que incluyen viajes, capacitaciones y equipamiento tecnológico, así como dinero negro para el pago de informantes con moneda extranjera. De esta manera, mediante sus agentes, la DEA elude la legislación de los países en y sobre los que actúa para lograr sus objetivos, tanto los explícitos y los implícitos.

Pero, para comprender los hallazgos de Madero vayamos por partes. En primer lugar, hablar de la DEA en Argentina no es hablar de una agencia de grandes dimensiones, si pensamos en la cantidad de agentes propios desplegados desde la década de los 70. Más bien, se trata de una extensa red de voluntades que se consiguen por diversos medios. El autor señala que, desde la década de los 70, e independientemente del carácter dictatorial o democrático de los gobiernos, la DEA supo hacerse de una extensa red de vínculos que garantizan su funcionamiento en el país y en la región.

La DEA es menos una institución conformada por agentes propios, que una red de relaciones que cuenta con los medios para sostener esas relaciones, una agenda bien financiada de contactos cuyas carreras, viajes y formación están garantizados por dólares estadounidense y de una caja que la agencia maneja sin demasiado control. Esa red de relaciones afilia a miembros del poder judicial, de fuerzas federales y provinciales, militares, políticos, agentes de inteligencia, miembros del jet set y gente "suelta" pero voluntariosa que coopera con el accionar de una agencia que "atendió" inicialmente en la embajada norteamericana pero que también supo abrir sus filiales en provincias estratégicas contando con la cooperación de gestiones provinciales y nacionales de todo el arco político. Un ejemplo casi humorístico de esa cooperación es la de los directivos de una pequeña escuela de un paraje de Humahuaca, que consiguieron el patrocinio de la DEA sobre su

escuela poniéndole el nombre de un miembro de la agencia asesinado por narcos en México en la década del 80.

Históricamente la agencia tiene origen en la década de 1970 y creció a partir de su vínculo con las dictaduras del cono sur. Paradójicamente, en nuestro país, que es uno en los que no se plantan ni producen drogas a las escalas que puede interesarle a la DEA, la agencia tuvo oficinas estratégicas por tratarse, oficialmente y en primer lugar, de un país de paso y que facilita las reuniones de las organizaciones narcocriminales y, en segundo lugar e informalmente, porque parece que conseguir colaboración por parte de ciudadanos y funcionarios locales resulta una tarea bastante sencilla, de acuerdo a la infinidad de nombres que desfilan por las páginas del libro.

Los 12 capítulos tienen un orden cronológico que nos permite conocer la evolución de la DEA en la argentina y en la región, sin descuidar los pormenores de la política estadounidense que impactaron sobre la relación de la agencia y su vínculo con otras dependencias cómo la CIA, el FBI o el departamento de justicia. Los distintos niveles—la política argentina, la latinoamericana y la estadounidense—conforman el sustrato sobre el que la DEA abona sus relaciones locales, produce agenda de seguridad, modifica prácticas judiciales, promueve legislación, financia la compra de equipamiento, financia cursos y carreras, premia información ilegalmente obtenida y extradita también ilegalmente a ciudadanos secuestrados y torturados, entre otras acciones de las que nos enteramos en las páginas del libro.

El desarrollo del argumento, decíamos, se basa sobre esas dos ideas centrales: la necesidad de escribir el capítulo local de la DEA y la de pensar cuánta soberanía está dispuesta a entregar un país para conseguir la cooperación de la agencia norteamericana, aunque, mejor dicho, lo que pone en cuestión es si eso que hace la DEA puede ser llamado cooperación y si su verdadera razón para existir es la lucha

contra las drogas o, justamente, se trata de una agencia cuya coartada es la lucha contra las drogas pero su función accesorio es horadar la soberanía de los países donde se despliega para instalar una agenda que responde a la embajada norteamericana. Según el propio Madero advierte desde la introducción: "Este no es un libro sobre drogas ni una enumeración de procedimientos sino una investigación sobre cómo una poderosa agencia con base en Estados Unidos y tentáculos en todo el mundo fue penetrando diferentes capas de la estructura judicial, policial y política local, hasta controlarla" (Maradeo, 2022: 16)

El resultado de la lectura del libro desde su inicio es, entonces, un estado de sospecha e incredulidad, de desconfianza en la propia agencia, pero también en la idea de que el Estado argentino, independientemente del partido gobernante, tenga una real voluntad de defender el bien común de sus ciudadanos sin preocuparse por responder a intereses foráneos. Esa sospecha es la pesada carga con la que abordamos la lectura de la investigación de Maradeo.

Por momentos, la cantidad de información que pone al servicio de este argumento resulta abrumadora, abunda en nombres propios, en la definición de distintos roles, en las distintas modificaciones institucionales, legislativas y políticas que se promueven y allí teje una trama densa y extensa que produce la sensación de estar frente a un suceso que combina dos características ineludibles: en primer lugar, que la red de vínculos que ha tejido la DEA en Argentina es enorme y se sostuvo durante décadas y, en segundo lugar, que casi no existe institución estratégica sobre la que no haya logrado permear sus intereses pero, sin embargo, se trata de una agencia que logra mantenerse en las sombras y emerger apenas como un rumor, cómo la sospecha o la acusación moral sobre tal o cual funcionario sin "mostrar los hilos" salvo en un puñado de situaciones, de deslices digamos, donde tuvo que exhibir sus credenciales, mencionar los nombres de

agentes y rendir cuentas para, inmediatamente, volver a las sombras y seguir operando eficazmente logrando que su voz ventrilocua se escuche a través de sus patrocinados locales.

El autor construye ese conjunto de sensaciones para trazar una historia institucional que atraviesa 50 años de gobiernos, el periodo democrático más extenso de nuestra historia, diversos partidos y poderes del estado que, parafraseando a Balzac, podríamos decir: "los gobiernos pasan, pero la DEA permanece".